

menstrales para ir á pedirle su bendicion. Este pastor sensible y padre cariñoso, no se contentaba con dársela, sino que se detenía á cada paso, consolaba á unos, sugería á otros algun medio de santificarse con los trabajos de su estado, y daba limosna á todos los que creía necesitados. Se detenía con un niño como pudiera hacerlo con una persona de distincion: les hacía la señal de la cruz en la frente y en el pecho, venerándolos como miembros inocentes de Jesucristo; y como los que le acompañaban manifestasen alguna impaciencia con este motivo, „el Hijo del mismo Dios (les decía) nos da ejemplo en esta parte. ¿Podrá censurárenos porque le imitemos?”

Llegada la hora de ponerse en camino, le acompañó el obispo de Calcedonia, con los principales individuos del clero y de la ciudad hasta Seissel, distante seis leguas de Annecy, esto es, hasta el parage en que, despues de haberse ocultado el Ródano algun trecho debajo de la tierra, vuelve á ser navegable. Antes de embarcarse les dió gracias con una humilde y viva sensibilidad: y arrodillándose pidió al Señor en alta voz, levantadas al cielo las manos y los ojos, que cuidase del pueblo que le había confiado, que fuese su pastor, y que reparase con la abundancia de sus gracias las faltas que él había cometido por efecto de su negligencia ó de su incapacidad. Levantóse despues, llorando amargamente todos los que estaban á su lado; les dió su bendicion, ó por mejor decir, pidió al Pastor eterno que los bendijese por sí mismo; los abrazó con paternal cariño, y se

encomendó á sus oraciones. Al momento se separó de ellos, entró en el rio, y se alejó de un lugar en que solo se oían suspiros y sollozos.

14. Era esto á mediados de Noviembre, y el Santo se sintió muy incomodado con el frio de la estación. No se atrevió el duque de Saboya á atravesar los montes, ya por razon del mal tiempo, y ya por su avanzada edad, y envió para que hiciese sus veces al cardenal Mauricio, su hijo, el cual acompañó á su Magestad Cristianísima hasta Leon, adónde pasaron tambien el Príncipe y la Princesa de Piamonte. Aunque estaban todos con mucha estrechéz á causa de la concurrencia de las córtes de Francia y Saboya en aquella ciudad, no hubiera dejado de tener el santo obispo una habitacion conveniente á su estado, si su mortificacion ingeniosa no se hubiese valido de las mismas circunstancias para conseguir el fin que se proponia. Ofreciéndole cuarto en su misma casa muchas personas distinguidas, y entre otras el intendente de la provincia, les respondió, que habiendo previsto la dificultad que habria para colocarse, había hecho de antemano sus diligencias, y tenía una habitacion cómoda. Supieron despues que vivía en el cuarto del jardinero de las monjas de la Visitación, y no fue posible sacarle de allí por mas instancias que se le hicieron. Era muy diestro en satisfacer á su mortificacion con estos artificios, de suerte que en todos sus viages nadie estaba peor alojado que él: y cuando sus familiares, avergonzados de ocupar ellos los mejores cuartos, le manifestaban cuán sensible

les era esto, tenia siempre mil razones aparentes para justificar su eleccion.

Pero quanto mayores esfuerzos hacia él para humillarse, tanto mayor era el empeño con que le honraban todos. A porfia daban testimonio las dos cortes de la eminente santidad que á pesar suyo resplandecia en todas sus acciones. No le costó dificultad conseguir la proteccion de su Magestad Cristianísima á favor de sus diocesanos católicos que estaban sujetos al gobierno de Francia. Habia heredado Luis el Justo la estimacion y afecto que profesó Enrique el Grande á tan digno obispo: le veneraban las Reinas María de Médicis y Ana de Austria: el Príncipe y la Princesa de Piamonte le miraban como á un amigo de Dios, y como á un Santo que atraia las bendiciones del cielo sobre su casa; y todos los cortesanos, movidos del egeemplo de sus amos y del conocimiento personal que muchos de ellos tenían de sus raras virtudes, anhelaban por su trato y comunicacion. Luego que cayó enfermo, estuvo continuamente llena de los personajes mas distinguidos de las dos cortes la vil morada de un pobre jardinero.

15. Laborioso hasta el último momento, é impulsado de un celo que le hacia superior á la naturaleza, predicó con mucho fuego, á pesar de su gran debilidad, en la iglesia de los jesuitas, á quienes habia honrado siempre con su amistad y aprecio. La vispera de Navidad bendijo una cruz colocada por mandato de su Magestad la Reina en el convento de recoletos, y volvió á predicar con su celo acostumbrado. Al

otro dia confesó al Príncipe y á la Princesa de Piamonte, les dijo misa, los comulgó, dió despues el hábito á dos novicias de la Visitacion, y predicó sobre el misterio del dia. Sin embargo del conocimiento que le habia dado Dios de su muerte próxima, conservó en todos estos egercicios la mas perfecta libertad de espíritu, y una gran confianza en la divina misericordia, sin turbacion, sin inquietud, sin ninguna mudanza en sus acciones y modales. Siempre habia obrado como si cada dia hubiese de ser el último de su vida; y así la cercanía de su muerte en nada disminuyó su tranquilidad. Habiendo prodigado en estas circunstancias grandes limosnas á un caballero que carecia de todo recurso, y no sabiendo éste cómo manifestarle su agradecimiento, le repetia sin cesar, que pediria por él al Señor con tanta eficacia, que aun en este mundo le daria ciento por uno. „Apresúrese usted, pues (le dijo), á proporcionarme esa fortuna, porque dentro de poco ni usted ni yo estaremos en este mundo:” y en efecto, no trascurrió mucho tiempo entre la muerte del caballero y la del Santo.

Al dia segundo de Navidad sintió Francisco un abatimiento extraordinario, y observó que le faltaba la vista. Mas no por eso dejó de celebrar la misa: despues de lo cual encontró al duque de Bellaguardia y al marqués de Alincourt, con quienes se detuvo un largo rato en la calle, no obstante que hacia un frio terrible. Pasó desde allí á casa del duque de Nemours, para suplicar á este Príncipe que perdonase á dos

dependientes suyos que habian incurrido en su indignacion por haber faltado al respeto que se merecia el Santo. Como resolvia marcharse en aquel mismo dia, fue tambien á casa del Príncipe y Princesa de Piemonte á despedirse de ellos, y á dar fin á algunos asuntos relativos al bien de su iglesia. Habiendo llegado á su casa, rendido del cansancio, le presentaron las botas, y no quiso recibirlas; pero habiendo vuelto á llevárselas de allí á un rato, dijo al ayuda de cámara: „bien está: me las pondré porque te empeñas en ello; pero no iremos muy lejos.” Despues de haber escrito algunas cartas de recomendacion, y de haber recibido á muchas gentes que iban á despedirse de él, se sintió tan falto de fuerza, que fue necesario llevarle á la cama, y no tardó en declararse la apoplejía que le quitó la vida de allí á dos dias; mas esta enfermedad, tan espantosa por su naturaleza, fue benigna y apacible para el Santo, y en cierto modo se revistió de su propio carácter.

Luego que circuló por la ciudad la nueva de que estaba enfermo de peligro, acudieron á verle grandes, prelados, eclesiásticos y religiosos. El duque de Nemours, que padecia un ataque de gota, ordenó que le llevasen á su casa. Háiale perseguido en otro tiempo con furor; pero en vista de su singular virtud era ya uno de sus mas celosos admiradores. Se echó á sus plantas, le cogió las manos, se las besó, regándolas con sus lágrimas, y le pidió su bendicion para sí y para el Príncipe del Ginebrés, su hijo primogénito. Madama Olivier, muger del intendente, fue

acompañada de sus dos hijas, y le pidió su bendicion para sí y para todos sus hijos. Despues de haberle dado el vicario general de Leon los testimonios del mas vivo interés en nombre de toda la diócesi, mandó esponer el Santísimo Sacramento en todas las iglesias para pedir á Dios el restablecimiento de su salud. Entre otros prelados, era amigo íntimo del obispo de Damasco, que era acreedor á ello por su piedad. Al acercarse á él este obispo, le dijo: „Vengo á ofrecerme á vos, querido hermano mio, con un cariño fraternal. Ya sabeis que está escrito que *el hermano ayudado por el hermano, es como una ciudad bien defendida*. Y está tambien escrito (replicó el enfermo, alargándole la mano) *que el Señor salvará al uno por medio del otro. Poned vuestra confianza en el Señor* (añadió el obispo de Damasco, usando siempre de las palabras de la Escritura).” *Y él os alimentará* (prosiguió en los mismos términos el fervoroso enfermo). No pudiendo enfrenar ya dentro de sí mismo los ímpetus del amor divino que le abrasaba: „*mi corazón y mi carne (esclamó) hánse regocijado con el Dios vivo. Cantaré eternamente las misericordias del Señor. ¿Pero cuando me verá en su presencia? Muéstrame, querido de mi alma, muéstrame el lugar donde descansas.*”

El padre Ferrier, jesuita, que no se alejaba de su lado, le propuso que dijese esta oracion de San Martin: *Señor, si soy todavía necesario á vuestro pueblo, no rehusó el trabajo*. Parece que la profunda humildad del Santo se ofendió de una comparacion, cuya exactitud conocian todos menos él. En vez de repetir la

oracion que le proponian : „yo no soy (esclamó muchas veces) yo no soy mas que un siervo inútil, de que ninguna necesidad tiene Dios ni su pueblo.” Habíéndole sugerido otro jesuita estas palabras de la Escritura: *Santo, santo, santo es el Señor: toda la tierra está llena de su gloria*, las estuvo repitiendo mucho tiempo, y le hizo una impresion tan fuerte la idea de la grandeza, de la santidad y de la magestad suprema, que se quedó como arrobado. Perdió la voz, y solo conocieron que vivia por el movimiento de los lábios y de los ojos. Habia ya recibido los últimos sacramentos de la Iglesia, á escepcion del santo Viático, que no se habian atrevido á administrarle á causa de los frecuentes vómitos que sufría; pero habia celebrado el sacrificio de la misa en el mismo dia. Todos los actos de resignacion, de una entera sumision á las órdenes del Señor, de una firme confianza en su misericordia, del holocausto de todas las criaturas y de su propio cuerpo, los egecutó con el mayor gozo, porque nunca se habia fijado en ninguna cosa sino segun el orden de Dios. La profesion de fe fue una de las primeras cosas que hizo, esplicándose con la mayor claridad y exactitud, y poniendo por testigos á todos los que estaban presentes. En cuanto al punto capital del catolicismo, sin el que toda piedad es un vano simulacro, era tal su sensibilidad, que en cierto modo le enagenaba y hacia que pareciese de distinto carácter. Como en su enfermedad se echaba mano de mil recursos para tenerle despier-to y evitar el letargo, ocurrió á un eclesiástico el

preguntarle, si no sentia algun apego ó adhesion al calvinismo habiendo tratado tanto con los hugonotes. „Dios me libre de eso (esclamó prontamente). Seria una traicion enorme. Dios mio, bien conoceis mi corazon.”

Por último, el dia de los Santos Inocentes del año 1622, al proferir estas palabras de la letanía recomendándole el alma: *Santos Inocentes, rogad por él*, el santo obispo entregó á Dios su alma pura, no menos inocente á los cincuenta y seis años, que la de las tiernas víctimas cuya fiesta se celebraba. Es inútil espresar el sentimiento que ocasionó la noticia de esta muerte, pues es fácil conocerlo, atendiendo al carácter de un Santo á quien Dios envió al mundo para hacer amable y respetada su virtud. Pero no tardó en convertirse en admiracion y en accion de gracias por la multitud y celebridad de los milagros que se obraron en el lugar de su muerte, en su iglesia de Annecy, á donde fue trasladado su cuerpo, y en todas las partes donde se imploró su intercesion. Antes de ocupar Alejandro VII la Silla pontificia, curó de una enfermedad muy peligrosa, estando en Munster en calidad de mediador para la paz general de Europa; y quedó tan convencido de que debia el restablecimiento repentino de su salud á la intercesion del santo obispo de Ginebra, que envió á Annecy una suma considerable de dinero para contribuir á la fábrica de la iglesia en que descansaban sus reliquias; por esta razon sin aguardar á que se cumpliesen los cincuenta años que por lo comun trascurren entre la

muerte y la beatificación de un Santo, colocó á éste, nueve años antes, en el número de los bienaventurados.

16. La canonización se verificó cuatro años después, á instancia de la mayor parte de los Príncipes cristianos, y especialmente del Rey Luis XIII, de la Reina su madre, de su esposa, de su hermana la Reina de Inglaterra, del Rey y de la Reina de Polonia, de la duquesa de Saboya, del duque y la duquesa de Baviera, de la asamblea del clero de Francia, de las órdenes religiosas, de los parlamentos y de los gobernadores de las provincias de aquella nación. El Rey envió á Roma á los obispos de Soissons y de Evreux para promover este asunto juntamente con su embajador el duque de Crequy. Habia adoptado la Francia en cierto modo á aquel ilustre saboyano, quien por su parte miraba á la Francia con la misma inclinación que á su propia patria. Cuéntanse entre otros muchos milagros, principalmente en la bula de canonización, siete de los mas célebres y auténticos; á saber, la resurrección de dos muertos, la curación de un ciego de nacimiento, la de un paralítico, y la de tres personas baldadas. Mas el prodigio mas admirable y útil fue sin duda alguna la conversión de setenta y dos mil hereges, igualmente atribuida en esta bula al santo obispo de Ginebra, después de las rigurosas discusiones que, como es notorio, se hacen en Roma cuando se trata de semejante materia.

17. Nos quedan de San Francisco de Sales varias obras piadosas, siendo las mas conocidas entre todas

ellas el tratado del amor de Dios y la introducción á la vida devota (1). Se examinaron todas antes de canonizar á su autor, y se halló que estaban tan llenas del espíritu de Dios, y eran tan á propósito para producir frutos de salvación en el corazón de los fieles, que se declaró ser su lectura tan saludable como la de los padres de la Iglesia. La introducción á la vida devota ha hecho principalmente mucho bien en todos los estados, pues ha introducido en el camino de la piedad y de la perfección evangélica aun á aquellas personas que por razón de su esfera se creían dispensadas de vivir como cristianas. Poco importa que la doctrina de nuestro Santo, ó el modo con que la presenta, haya disgustado á aquellos moralistas misantrópos que solo reputan virtud lo que está sellado con el carácter de su aspereza y desabrimiento. Lo mismo hacían los fariseos, los cuales no podían sufrir la benignidad y la divina condescendencia de aquel que vino á salvar á los pecadores y á los publicanos. Por el contrario, Francisco se hizo general para todos, como Pablo, á fin de atraer á todo el mundo al redil de Jesucristo. Propuso la virtud y exhortó á abrazarla, empleando los medios mas suaves para que la amasen los hombres y se acostumbra- sen á ella poco á poco. Observando por lo demás con exactitud las reglas evangélicas, las enseñó siempre en toda su extensión; y si á ejemplo del Apóstol dió leche á los débiles, dió tambien un alimento sólido á

(1) *Anonim. l. 2.*

los perfectos, y conservó constantemente las leyes inmutables de las buenas costumbres en su integridad y en todo su esplendor.

18. Por el mismo tiempo se dejaron ver en España unos directores y rigoristas muy semejantes á los censores del santo obispo de Ginebra; esto es, unos hombres austéros en la apariencia, que profesaban un género de espiritualidad desconocido en la Iglesia; singulares en el modo de comentar y explicar la sagrada Escritura, indóciles á la voz de la autoridad, y encaprichados con unas máximas perniciosas, no solo sobre la obediencia, sino tambien sobre el uso del matrimonio y sobre los principios de las buenas costumbres. Eran estas gentes reliquias de una secta de fanáticos que á fines del siglo precedente se habian manifestado en el mismo reino, donde se dieron á sí propios el nombre de religiosos iluminados. Esparcieron sus errores en Andalucía, los condenó el inquisidor general, ofreciendo no usar de rigor con los que se habian dejado seducir, siempre que se reconociesen culpables y delatasen á sus seductores en el término de treinta dias. Produjo esta disposicion el efecto que se deseaba, pues acudieron de siete á ocho mil personas á hacer sus declaraciones, y no se volvió á oír hablar de esta secta en España (*).

(*) Aparecieron estos hereges en España hácia el año 1575, y se los llamó comunmente *alumbrados*. Sus gefes eran Juan Villalpando, natural de Tenerife, y una carmelita llamada Catalina de Jesus. Muchos de sus discípulos entraron en la inquisicion y sufrieron la pena de muerte en Córdoba; otros abjuraron sus errores. Los principales

Pero desde la estremidad meridional de este reino, de donde huyó temiendo del rigor de la inquisicion, penetró mas allá de los Pirineos, é introdujose en el país de Chartres, pasando despues á la provincia de Picardia, donde se manifestó con la mayor insolencia (1). Hizo los primeros prosélitos en un orden reformada, y su primer fruto fue la apostasia de dos frailes, que despues de haber dogmatizado algun tiempo en secreto, publicaron por último sus errores y estravagancias. Siendo los hombres los que forman las heregias, y las mugeres las que las acreditan, sedujeron los frailes á muchas personas del otro sexo, atrayéndolas con el ardid de permitirles que predicasen la doctrina de la secta. Distribuíanlas despues en diferentes lugares donde establecian comunidades de doncellas devotas: lo que no podia menos de inmortalizar sus dogmas, por poco que se hubiese tardado en tomar una séria providencia. Pero habiéndolo sabido el Príncipe muy á tiempo, dió comision á los jueces de Roye y de Mont-Didier, donde

que se les atribuyen son, que por medio de la oracion sublime, á la cual llegaban ellos, entraban en un estado tan perfecto que ya no necesitaban de sacramentos ni de obras buenas; que podian entregarse sin pecar á las acciones mas infames. Molinos y sus discípulos siguieron algun tiempo despues esta misma doctrina. Esta secta se renovó en Francia en 1634, y los guerinetos, discípulos de Pedro Guerin, se agregaron á estos sectarios; pero Luis XIII hizo que los persiguiesen con tanta eficacia, que fueron destruidos al momento. *Bergier. Dictionnaire theologique. art. Ilum.*

(1) *Victor. Siri. Memor. vol. 8.*

se mostraba el error con mas insolencia, para que procediesen con todo rigor contra los reos, los cuales fueron aprisionados en gran número; y como aun no estaba bien formado el sistema, faltaron los gefes, y el país quedó tranquilo.

19. En Holanda, donde cada uno profesa la religion que le agrada, se dió un decreto para la espulsion de los jesuitas, prohibiéndoles que volviesen á entrar en su territorio, pena de ser tratados como enemigos, y de quedar obligados á rescatarse en caso de que se los prendiese. Parece que el destino de estos religiosos era cargar personalmente en todos los gobiernos hereges con el peso del ódio y de las preocupaciones contra la iglesia romana; y llegó á tal grado en Holanda la parcialidad, que se prohibió á todos los súbditos de la república enviar á sus hijos á que estudiasen en los colegios estrangeros de los jesuitas, mientras que en esta especie de persecucion, templada como siempre por el espíritu de interés, contentábase el gobierno con mandar á los demás católicos, sacerdotes seculares y regulares que diesen por cierto á los magistrados una noticia de sus nombres y del sitio de su residencia.

20. Por una razon contraria, el Emperador Fernando II, que se valia de los medios mas eficaces para estirpar la heregía de sus estados, prohibió su ejercicio en Praga, arrojó de la ciudad á sus ministros, y entregó la universidad á los jesuitas. Este fue el primer fruto considerable que sacó la Religion de la batalla de Praga. Disgustaron en extremo semejantes

resoluciones al elector de Sajonia, que habia favorecido y protegía aun las armas de Fernando. Mas aunque en aquellas críticas circunstancias necesitaba el Emperador de su auxilio, no por eso dejó de arrojar á los ministros de las demás ciudades y pueblos de Bohemia, de Moravia, y de parte de la Silesia. Mucho mas hizo, como se verá despues, luego que los triunfos de sus generales Tilly y Valstein le pusieron en estado de obrar con total independendencia.

21. La iglesia de Francia seguía apropiándose la disciplina que aun no habia recibido formalmente; y trató de establecerla entre los regulares que defendian con mas tenacidad sus privilegios y esenciones. Un gran número de monasterios célebres, que en otros tiempos habian sido la edificacion de los pueblos y de los grandes que los enriquecian con su piadosa munificencia, eran ya unos palacios ó casas de campo deliciosas, habitadas por hombres ignorantes y perezosos, cuyo menor defecto era la aficion al juego y el lujo en la mesa. Habíanse dado ya sobre esto muchas quejas á Luis XIII, cuando oyendo misa un dia en la famosa abadía de Marmoutier, se escandalizó al observar por sí mismo la poca compostura con que estaban en la iglesia los monges. No faltó quien le dijese que todavía era poco lo que veía, y que habia una infinidad de casas donde la embriaguéz y la incontinencia habian dado al traste, no solo con toda regularidad, sino tambien con los egercicios mas indispensables de las virtudes cristianas. Solicitó su Magestad y obtuvo un breve del Papa para reformar